
CAPITULO LXXX.

HORRORES.

Nadie como yo abomina de la demagogia. Sus utopias sensuales, sus procedimientos horribles, el delirio que inspira á los pueblos, lejos de producir ciudadanos útiles, produce locos furiosos. Nadie como yo siente y deplora las intemperancias de lenguaje á que los clubs se entregan. Pero convengamos en que, si no se justifican, se excusan; ó si no se excusan, se comprenden todas estas imprudencias, delante de un general que ha desperdiciado horas preciosísimas, y que, al desperdiciarlas, ha herido la noble causa de la República europea.

La agitacion de París no tenia límites. Por la noche del veinte y uno rebosaban de gentes los clubs. Habian visto pasar innumerables heridos. Habian visto al gobernador pedir armisticio de cuarenta y ocho horas para enterrar los muertos. Habian visto volver el ejército sitiado retrocediendo ante la pujanza del ejército sitiador. A todos estos horrores se unia la recrudescencia del bombardeo que sobre el histórico barrio de Saint-Denis lanzaba á millares las granadas, cercando de un

círculo de fuego infernal aquellos cuarteles, aquella catedral histórica, maravilla del arte gótico, donde se alzan los sepulcros vacíos de los reyes de Francia. Entre esta desolacion, entre el rastro de sangre que dejaban en el suelo de París las venas de sus hijos, y el rastro de fuego que en los aires dejaban las bombas de los prusianos, llegaron hasta la exaltacion del delirio las imprecaciones de aquellos que sólo en los procedimientos de la Convencion hallaban los medios expeditos de salvar á Francia y su República.

En el club de la Dame Blanche se conviene y se jura por todos la revolucion inmediata. En el club de la Escuela de Medicina un ciudadano llamado Levy pronuncia las siguientes palabras, entre ardentísimas muestras de adhesion llevadas hasta los límites últimos del humano entusiasmo:—«Juremos cumplir nuestro deber, derribar ese gobierno que nos entrega y nos vende.»—Cierta clubista del Elíseo-Montmartre se queja de que dan á comer al pueblo pan de tierra, el cual seca las fauces y empiedra el estómago. Para este

orador no son los prusianos, no, los bombardeadores de París, sino el general Trochu, que arroja bombas desde el Monte Valeriano á fin de que los propietarios pidan la capitulación. Cuando tales cosas pueden decirse impunemente, la irritación producida por la derrota del 19 en Montretout deber ser general y espantosa.

Mas una sublevación ¿á qué en aquellos momentos supremos conducía? No basta la sangre que empapa el suelo de Francia; no basta el bombardeo, bajo el cual París, la obra de tantos siglos, se desploma; no bastan los montones de muertos que hay sembrados por las orillas del Loira, por las riberas de Normandía, por los campos de Borgoña, por los desfiladeros de los Vosgos; no basta con que el Sena enturbie en sangre sus aguas, y con que dos millones de seres humanos ¡ay! estén bajo la amenaza de una muerte por hambre, sino que también es preciso, entre el estallido de las bombas prusianas, desencadenar la guerra civil para que acabe de destruir y aniquilar la destrozada patria.

Mientras pasaban en los clubs esas escenas, los milicianos de Belleville iban á Mazas, sorprendían la guardia, reemplazabanla, cogían al carcelero mayor ó alcaide, le obligaban á soltar la llave de la prisión, abrían la verja, libertaban á Flourens, lo conducían triunfalmente á su barrio, y allí, tocando á general rebato, organizaban la insurrección roja en demanda de la junta revolucionaria, y por consecuencia, de la inmediata destitución del gobierno.

Es el día veinte y dos de Enero. La mañana ha pasado tranquila. Pero el Hotel de Ville y la Plaza de la Greve demuestran que de tempestad hay amagos. El Hotel de Ville es para los modernos parisienses como el Monte Aventino para los antiguos romanos. Su plaza se llama Plaza de la Greve y ha dado nombre á los actos más característicos de las asociaciones obreras. Poniéndose de frente al Hotel de Ville descúbrense hácia la derecha las

torres góticas, las agujas caladas de Nuestra Señora de París; los dos brazos del Sena, que forman la isla, nido de la gran ciudad y de toda la nación francesa; y á la izquierda la calle de Rívoli, cuando ya va á entroncar con el populoso y republicano barrio de San Antonio. Las mayores tragedias revolucionarias se han desarrollado en este teatro. Ahí se instaló aquella municipalidad revolucionaria que ejerciera dominio absoluto sobre la Convención. Ahí cayó Robespierre después de haberse elevado sobre el prestigio de ese templo. En sus balcones decretó Lafayette la destitución de la dinastía borbónica y coronó con el morrion de la milicia nacional á la monarquía de Julio. En el Hotel de Ville se proclamó en 1848 la segunda y en 1870 la tercera República francesa. Por eso cuando los horizontes se oscurecen, cuando las ideas relampaguean, cuando la gran ciudad se siente movida por una de las súbitas inspiraciones que la han agitado en todo tiempo, es el Hotel de Ville el sitio en que la revolución triunfa y se formula, es el Hotel de Ville como el Sinaí de la democracia moderna.

A la una de la tarde del veinte y dos de Enero están cerradas las ventanas, corridas las verjas de ese palacio del pueblo. Algunos grupos, en número cortos, pero en aspecto amenazadores, se esparcen por el recinto de la plaza. A la defensiva sólo se veían dos oficiales de guardias movilizados bretones, y un oficial de la milicia parisiense ante la puerta mayor abierta, y tras la verja cerrada. Los grupos, dirigiéndose á estos oficiales, pedían pan y la caída de Trochu. Al dar las dos, treinta milicianos desembocan por el lado de los muelles. Todos vienen armados pero en actitud pacífica, las bocas de sus fusiles hácia abajo. Sin embargo, al llegar, algunos los cargaban, y juran apuntarlos pronto á las ventanas de la artística fachada principal. En efecto, descubriéndose tras de sus cristales las sombras de los guardias bretones que escudriñan los menores acaecimientos de la plaza. El grito

convenido es la destitución de Trochu. Para pedirla con oportunidad y obtenerla con prontitud decidieron dirigirse á la habitación misma del general. Y en efecto, partiéronse por la calle de Rívoli hácia el lado del Louvre.

Parecía todo tranquilo en este punto, cuando á las tres se oye el redoble precipitado de un tambor que toca á ataque. Vienen trescientos milicianos armados, y en son de guerra, desde Belleville y han desfilado en la plaza de la Bastilla antes de tomar la calle de Rívoli por el extremo opuesto al que se encaminaban los milicianos anteriores. En cuanto avistan el Hotel de Ville, suena una descarga. Las ventanas de la gran fachada se abren, los movilizados bretones aparecen, apuntan hácia la desemboca-

dura de la calle de Rívoli donde los amotinados se encuentran, y descargan sobre ellos. En el espacio de un segundo cubriose el suelo de gentes desplomadas sobre el frío barro. Unos cayeron porque se agacharon para tirar, otros porque corrieron impetuosamente, y chocando en su carrera, tropezaron muchos por heridos, y algunos por muertos. Al ruido, la guardia nacional, la tropa de línea, los gendarmes acuden, y el orden se restablece. Mientras pasaban estas escenas tronaba la artillería, y desgajábanse bombas sin número sobre los barrios de París. ¡La guerra civil junto á la guerra de conquista! ¿No está aun bastante castigada Francia?